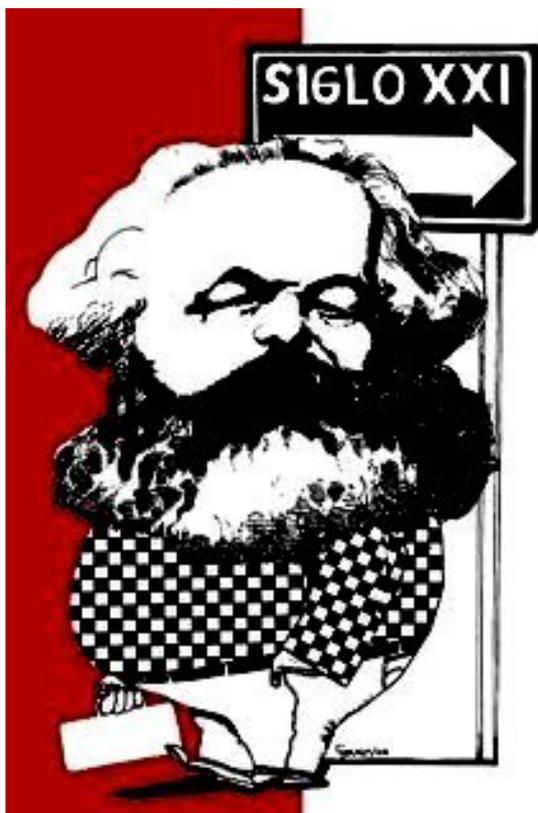


SOBRE EL SOCIALISMO EN EL SIGLO XXI



(Un comentario crítico al libro *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, de Heinz Dieterich) (I)

Sebastián Zarricuela Cabieses

A Ernesto Guevara de la Serna, el Che. Incansable luchador por el Socialismo, en conmemoración de los 40 años de su asesinato en La Higuera, Bolivia.

A Rodrigo Cisternas, joven trabajador forestal asesinado en el sur de Chile. Transcurridos 100 años de la cobarde matanza de obreros salitreros en la Escuela Santa María de Iquique la suerte pareciera haber cambiado poco o nada para los trabajadores en este rincón del mundo.

35

INTRODUCCIÓN

Desde que el presidente venezolano Hugo Chávez lanzó el desafío a debatir y construir el Socialismo del siglo XXI en el Foro Social de Porto Alegre en 2005 el tema del Socialismo nuevamente ha concitado el interés de muchos. La discusión comienza a extenderse lentamente más allá de los límites de los círculos intelectuales y de militantes comprometidos con la causa socialista. También ha sido clave el avance de las luchas populares por construir un mundo mejor en América Latina y el mundo. Estas últimas poco a poco comienzan a pasar de la resistencia y defensa de las regalías que el capital mundial se permitió hacer a las clases trabajadoras bajo su anterior patrón de acumulación. Es aquí donde un proyecto integral de sociedad alternativo al capitalismo es crucial para dar vida y sentido a estas nuevas luchas.

Sin embargo el debate sólo será fructífero en la medida en que se sustente en la articulación dialéctica de los siguientes elementos: que en primer lugar –siguiendo el conocido aforismo marxista de sólo la teoría que arraiga verdaderamente en las masas se convierte en fuerza material, o sea en fuerza de transformación

social– dé cuenta de los anhelos y posibilidades reales de construcción de una sociedad superadora del capitalismo, incluida su decadencia cultural, de modo que este debate se convierta en una *guía práctica* para la lucha de los pueblos¹ y, por otra parte, que esté suficientemente abierto para dejar que sea la práctica de los pueblos la que zanje en última instancia la realidad de la teoría. Este último elemento requiere en todo momento de la suficiente humildad intelectual para que el gris de la teoría, y el dogmatismo que necesariamente le va asociado, no apague ni oscurezca el eterno verdor del árbol de la vida –idea de Goethe que el mismo Marx tuvo siempre en mente e incorporó al núcleo central de su concepción del mundo–.

Creemos que el camino al Socialismo no está delimitado a priori por un abstracto e inexistente determinismo histórico sino que en último término está la voluntad y convencimiento de la justeza de los anhelos de los mismos sujetos en lucha. El devenir histórico de la humanidad sólo nos ha puesto ante la disyuntiva de la barbarie u otra forma de convivencia entre los seres humanos, de allí en adelante la decisión es nuestra.



El libro de Dieterich recoge el desafío de debatir sobre el Socialismo en estos tiempos, es una opción militante que debe aplaudirse independientemente de que se esté o no de acuerdo completamente con sus reflexiones, desacuerdos que –reiteramos una vez más– sólo podrán ser zanjados por la práctica efectiva de los pueblos en la construcción del Socialismo.

En las dos primeras secciones de nuestro trabajo realizaremos una exposición crítica de los ejes de reflexión en los que Dieterich sustenta su propuesta de sociedad poscapitalista, teniendo en lo fundamental dos discrepancias:

- a. No compartimos su insistencia en fundamentar la concepción del mundo del Socialismo en una *Filosofía de la Naturaleza*, al viejo estilo del marxismo soviético; y
- b. Tampoco compartimos su idea de fundar el orden económico socialista en lo que él denomina *economía de equivalencias*.

Finalmente, en la tercera sección adelantamos cuatro ideas ejes que, sin ser originales ni acabadas, buscan servir de base para problematizar el rol y características de ciertos aspectos de la organización económica de la sociedad socialista. Estamos convencidos de que a fin de cuentas el problema central del Socialismo es la sustitución del mercado como eje articulador de la producción y reproducción de la vida –en sus ámbitos material y no material– por un mecanismo alternativo que le asegure al ser humano libertad, desarrollo integral de sus capacidades y el control y participación colectiva en los procesos de reproducción social –económicos, políticos, culturales, etc.

A través de este trabajo queremos también rendir un modesto homenaje a Ernesto Che Guevara, rescatando la vigencia, aún en nuestros días, e importancia de su concepción humanista del Socialismo cuyo núcleo central sirvió de base para los planteamientos que el revolucionario latinoamericano y sus compañeros defendieron a principios de los años sesenta en el debate sobre la economía socialista en Cuba. Aun cuando la frivolidad del capitalismo insista en presentarnos como un icono desechable más, sus ideales socialistas e integridad como revolucionario son más fuertes que cualquier manipulación ideológica que se pretenda hacer con él.

1. EL SOCIALISMO COMO CONCEPCIÓN DEL MUNDO: NATURALEZA, HISTORIA Y DIALÉCTICA.

La idea de que el Socialismo como concepción del mundo debiese estar enraizada en una *Filosofía de la Naturaleza* es una tradición al interior del marxismo que se inicia en las obras de Engels, en particular a sus libros *Anti-Dühring*² (publicado en vida del autor por primera vez en 1878 como un solo texto) y *Dialéctica de la Naturaleza* (elaborado como borrador por Engels entre 1872 y 1882 y publicado póstumamente como libro en 1925). Esta tradición será continuada a principios del siglo XX por Lenin en su *Materialismo y Empiriocriticismo*, obra que tiene como principal referente, aparte de Engels, al marxista ruso Plejánov, y finalmente cristalizará en la reinterpretación del marxismo como *Razón de Estado* por parte de la burocracia soviética. Dieterich se hace parte acriticamente de esta tradición, sin ahondar en el trasfondo ideológico y las consecuencias teórico-prácticas que llevó aparejada.

Partiendo de una referencia explícita a la *Dialéctica de la Naturaleza* de Engels³, podemos encontrar líneas argumentales a lo largo del libro que apelan a una *ontología naturalista* del devenir histórico, que desde la realidad físico-químico-biológica, extendida al ámbito histórico-social, supuestamente confirmaría la validez universal de las leyes dialécticas.

Suponer que las instituciones burguesas no son pasajeras, sino que representan el fin de la evolución humana (Fukuyama) significa caer en el absurdo de afirmar que la sociedad burguesa se encuentra exenta de *las leyes ontológicas del universo* [de aquí en adelante, a menos que se indique lo contrario, las cursivas son nuestras]. (Dieterich, 2005a, 41)

O, más explícitamente:

...el cambio de estado es una legalidad del universo y no sólo de los sistemas sociales humanos [sic]... (*Ibid.*, 42)

Así el autor intenta fundamentar la necesidad del paso del capitalismo al Socialismo en una suerte de evolucionismo biológico. Equipara los descubrimientos científicos de la era del capitalismo con la formulación del materialismo histórico por parte de Marx y Engels, llegando a sostener que este último no sería más que una suerte de «genoma» de

la historia⁴. Sin embargo con esto se olvida que ya el joven Marx en sus *Tesis sobre Feuerbach* marcaba distancia del materialismo concebido como simple naturalismo, rescatando para el materialismo la práctica creadora del ser humano.

El problema de la posición adoptada por Dieterich es que lleva a la dialéctica más allá de las relaciones sociales históricamente determinadas y esto, como bien señala Manuel Sacristán, no es más que:

...una aplicación *impropia* de la dialéctica, fuera de su ámbito de relevancia... (Sacristán, 1964, XIX)

En este sentido Lukács en 1923 advertía lo siguiente:

[La] limitación del método [dialéctico materialista] a la realidad histórico-social es muy importante. Los equívocos dimanantes de la exposición engelsiana de la dialéctica se deben esencialmente a que Engels –siguiendo el mal ejemplo de Hegel– amplía el método dialéctico también al conocimiento de la naturaleza. Pero *las determinaciones de la dialéctica –interacción de sujeto y objeto, unidad de teoría y práctica, transformación histórica del sustrato de las categorías como fundamento de su transformación en el pensamiento, etc.– no se dan en el conocimiento de la naturaleza.* (Lukács, 1923, 5n)

A lo que puede agregarse también la siguiente observación de Marcuse:

Si la dialéctica marxista es en su estructura conceptual una dialéctica de la realidad histórica, incluirá entonces a la Naturaleza sólo en la medida en que esta última sea parte de la realidad histórica (en la interacción entre el hombre y la Naturaleza, la dominación y explotación de la Naturaleza⁵, la Naturaleza como ideología, etc.). *Pero en la medida en que la Naturaleza sea estudiada prescindiendo de tales relaciones históricas, como es el caso de las ciencias naturales, parece encontrarse fuera del dominio de la dialéctica.* (Marcuse, 1958, 147)

Por tanto se hace necesaria una lectura y evaluación crítica de esta extensión de la dialéctica al ámbito del conocimiento de la naturaleza en el pensamiento socialista. En el caso de la obra de Engels el resultado final podría sintetizarse de la siguiente forma:

En lugar de reelaborar las categorías hegelianas en sentido concretamente materialista, y por ende en sentido social, Engels las aplica desde el exterior a los objetos particulares de la ciencia. La historización de la naturaleza en Engels conduce a *una naturalización de la historia humana, es decir, degrada la historia al rango*

de ámbito especial de aplicación de las leyes generales del movimiento y del desarrollo de la naturaleza. De este modo, Engels allana el camino a la subdivisión canónica de la teoría en materialismo dialéctico y materialismo histórico, que es típica de la ideología estaliniana, pero que carece de sentido desde el punto de vista de Marx. (Bedeschi, 1970, 146)

La inmadurez e ingenuidad con que la dialéctica materialista era expuesta en su forma pura⁶ por Engels se debía más que nada al marco cultural en el que él y Marx estaban inmersos (ascenso del capitalismo, revolución industrial, avances técnicos aplicados a la gran industria, descubrimientos científicos en la física, química y biología, etc.) y no tanto al verdadero espíritu y núcleo central del materialismo histórico⁷. Por lo que:

...hay que buscar la esencia del marxismo más en ese inmenso esfuerzo de Marx por entender lo concreto [o sea, los procesos históricos] que en las prematuras exposiciones generales de Engels. (Sacristán, 1964, XXV)

En el marxismo soviético la extensión de la dialéctica al ámbito de la naturaleza tenía una finalidad menos ingenua. Si bien la degeneración burocrática de los Socialismos de la Europa del Este no puede ser explicada única y exclusivamente por la degeneración de la teoría –apelar a ello sería incurrir en el vicio hegeliano de erigir a la idea y su despliegue como principio activo del desarrollo histórico– sino que, por el contrario, debe ser explicada en un contexto más amplio de desarrollo de las relaciones económico-sociales y de su siempre compleja y problemática relación con las esferas políticas e ideológicas. Sin embargo tampoco la teoría puede ser considerada como un mero reflejo pasivo de la «estructura» social, ésta posee, en cambio, una dinámica propia que permite hasta cierto punto realizarle una crítica autónoma –desligada parcialmente de las demás esferas sociales–. Siguiendo esta idea, para Marcuse lo que estaba detrás de la reinterpretación de la dialéctica a través del *Materialismo Dialéctico* era finalmente:

...la justificación y protección ideológicas de un régimen que, según la lógica dialéctica, no [era] sino un estadio destinado a ser superado por la evolución histórica. (Marcuse, 1958, 140)

Al naturalizar el proceso de desarrollo histórico lo que se lograba era que:



...la función de la propia dialéctica [experimentara] un cambio significativo: [era] transformada de una forma de pensamiento crítico en una 'concepción del mundo' y en un método universal con normas y regulaciones rígidamente establecidas... [dejando] de constituir el órgano de la conciencia y prácticas revolucionarias... (Ibíd., 140-141)

La consecuencia final de toda esta reinterpretación:

...[era] una *desvalorización de la historia*... El proceso dialéctico, así interpretado, ya no es en sentido estricto un proceso histórico, sino más bien una *reificación de la historia*, la cual queda convertida en una segunda Naturaleza... *La dialéctica queda petrificada dentro de un sistema universal en el que el proceso histórico aparece como un proceso 'natural'* cuyas leyes objetivas, que están por encima de los individuos rigen tanto la sociedad capitalista como la socialista... [Y, finalmente,] *El factor subjetivo ya no aparece como elemento integral y como etapa de la dialéctica objetiva, sino más bien como simple vehículo receptor o ejecutor de ésta.* (Ibíd., 148-149, 153-155)

El problema fundamental, a nuestro entender y por el que no podemos estar de acuerdo con Dieterich en este punto, es que la interpretación naturalista de la dialéctica deja abiertas las puertas a concepciones conservadoras fundadas en la *naturalización de las relaciones sociales* –tan propia de las corrientes neoliberales por lo demás– y por lo tanto no puede servir en ningún caso de fundamento para una sociedad que pretenda el fin de la alienación humana en todas sus formas. Somos de la idea de que todo el lastre de mediocridad teórica y cobardía política característica de las burocracias del siglo XX que gobernaron en nombre del Socialismo⁸ debiera ser abandonado, aun cuando ello signifique establecer una lectura crítica de socialistas de la talla de Marx, Engels, Lenin y tantos otros. Además el mismo curso de la historia ya demostró el inmenso daño que esta herencia provocó a la causa del Socialismo.

Concordamos con Dieterich en que el Socialismo como concepción del mundo, y en particular el marxismo como la expresión más acaba de esta concepción, abarca los planos ontológicos, epistemológicos, éticos y estéticos de la praxis humana⁹. Sin embargo, diferimos en la interpretación de los fundamentos últimos sobre los que descansa esta concepción del mundo –a lo menos en la formulación marxista del Socialismo.

La vida del marxismo como corpus teórico-práctico está ligada necesariamente a la existencia del capitalismo. Como concepción socialista del mundo el marxismo es una crítica integral de la sociedad burguesa, llegando a constituirse *a través* de esta crítica en su antítesis teórico-práctica. Si bien no es la única crítica –efectiva y posible– a este tipo de sociedad es precisamente por su vocación de globalidad que constituye la crítica más radical de todas las hasta ahora formuladas. Esto último se explica fundamentalmente por dos razones:

a. La primera es la lucidez con que el marxismo logra explicar la lógica del funcionamiento interno del capitalismo y develar la esencia explotadora de este modo de producción. Esta tarea es realizada por Marx principalmente en *El Capital* en la forma de una exposición crítica de la Economía Política de su tiempo y de las categorías analíticas desarrolladas por ella, razonamiento que puede ser extendido, *mutatis mutandis*, al resto de las ciencias sociales modernas en la medida en que ellas pretendan apoyarse acríticamente en la estructura cosificada de las relaciones sociales, tal como éstas se presentan en la superficie de la sociedad, y así encubrir el carácter histórico de la misma estructura social que genera esta cosificación¹⁰. A partir de este análisis es que el marxismo logra identificar las tendencias que desgarran al sistema en contradicciones insolubles dentro de su propia lógica, y que a su vez sirven de base para una superación posible que desemboque en su reemplazo por una sociedad que permita el desarrollo integral de las potencialidades creadoras del ser humano –o, en otras palabras, el Socialismo.

b. El segundo aspecto, que sin embargo antecede lógicamente al primero y que actúa como principio inspirador y rector de aquel, es la adopción en el ámbito del conocimiento de la *dialéctica materialista*¹¹, que le permite lograr una visión de totalidad del proceso histórico¹², estableciendo la conexión orgánica entre los distintos ámbitos de la praxis humana bajo el capitalismo y entre aquellas y las formas del pensamiento asociadas a esa praxis.

Este segundo aspecto constitutivo de la visión crítica del marxismo con respecto al capitalismo requiere de una atención especial. La idea central

de la dialéctica –tanto en su forma hegeliana como marxista– es la coincidencia del sujeto y del objeto del conocimiento, enfatizando que la realidad no es más que un proceso de producción por parte del sujeto¹³.

Con respecto a Hegel, Marx realiza una ruptura epistemológica consistente en desligar a la dialéctica de la base ontológica idealista de aquél. El fundamento de la dialéctica marxista está, a diferencia de Hegel, en *el despliegue histórico del conjunto de relaciones sociales que los hombres y mujeres establecen entre sí en la producción y reproducción de su existencia material*¹⁴, es por esto que la dialéctica marxista se entiende como una *dialéctica materialista*.

La *materialidad* a la que hace referencia el marxismo no es la realidad *física* sino las *relaciones sociales*. Así por ejemplo –a diferencia de lo que podría pensarse desde una interpretación naturalista de la dialéctica– es muy poco, por no decir nada, lo que los marxistas, en cuanto marxistas, pueden decir sobre estado del conocimiento en las ciencias naturales y exactas, salvo analogías –como el cambio de estado del agua a distintas temperaturas– vacías de todo contenido que esclarezca la dinámica histórica¹⁵ –¿o es que acaso que el agua se solidifique a los 0° C, o se evapore a los 100° C, hace más o menos posible la emancipación de la humanidad de la explotación o cumple alguna función específica en el establecimiento de una sociedad socialista?. Aquí más bien habría que tomar en consideración a Lukács cuando señala que:

El ideal cognoscitivo de las ciencias de la naturaleza, el cual, aplicado a la naturaleza se limita a servir de progreso de la ciencia, resulta ser, aplicado al desarrollo social, *un arma ideológica de la burguesía. Es vital para la burguesía entender su orden productivo como si estuviera configurado por categorías de atemporal validez, y determinado para durar eternamente por obra de leyes eternas de la naturaleza y de la razón; y, por otra parte, estimar las inevitables contradicciones no como propias de la esencia de ese orden de la producción, sino como meros fenómenos superficiales, etc.* (Lukács, 1923: 12)

Sin embargo, otra cosa muy diferente, y en la que el marxismo si es una herramienta imprescindible, es el esclarecimiento y problematización de cómo

y en dónde se inserta la práctica científica y qué funciones cumple en la reproducción del conjunto de las relaciones sociales de la sociedad moderna –como por ejemplo la necesidad del capitalismo del conocimiento científico en su afán permanente de revolucionar su base tecnológica, la tendencia de las ciencias sociales en el capitalismo de tomar como canon de cientificidad a las ciencias naturales y exactas, etc.

En la dialéctica materialista tres elementos son centrales para explicar el movimiento histórico:

1. *El trabajo como medio principal por el cual los hombres y mujeres asimilan y transforman la naturaleza, y por el cual ellos mismos se transforman en una especie diferenciada de los animales.* La característica específica del capitalismo es que va a transformar esta actividad por excelencia humana, el trabajo, en una actividad *enajenada y enajenante*. El trabajo aparece, bajo el capitalismo, *disociado* y, sobre todo, *antagónico* de otras esferas de la práctica humana –por ejemplo, las actividades artísticas y de lo estético en general¹⁶–. El resultado es que los hombres terminan negándose en cuantos seres humanos en el trabajo y afirmándose en actividades que le son comunes con los animales.

2. *Historicidad de las relaciones sociales.* La práctica humana y las categorías del pensamiento que de ella se derivan se remiten a un determinado estadio de desarrollo de las sociedades humanas. En un determinado momento histórico los límites de lo posible para el sentido común no es más que una construcción histórica asociada a la correlación de fuerzas existente entre las clases sociales en pugna al interior de la sociedad. Por tanto, para entender y explicar la dinámica de las sociedades humanas no se necesita apelar a leyes ontológicas suprahistóricas, lo único relevante en último término son las estructuras que los mismos hombres y mujeres han construido en la producción y reproducción de la sociedad en sus distintos ámbitos –económico, político, cultural, etc.

De los puntos 1 y 2 el marxismo puede desechar la idea de una *naturaleza humana* inmutable como principio explicativo de los fenómenos sociales.



3. Finalmente, el desarrollo histórico de las sociedades no está libre de *conflictualidad*. La idea de la *lucha de clases* es central en la explicación marxista del desarrollo histórico, como también de su *acción política*.

El marxismo como *producto histórico* encuentra su *voluntad fundante* en la toma de partido por las luchas de los explotados de la sociedad capitalista, y no en el descubrimiento de una abstracta Filosofía de Naturaleza. En el plano ético esto implica necesariamente una actitud militante frente al desarrollo de estas luchas, ya que su intención no es solamente describir y explicarlas sino que su desarrollo derive en el reemplazo del capitalismo por el Socialismo. De acuerdo a esto la explicación del desarrollo histórico que ofrece se puede entender como un intento de demostrar que el capitalismo es sólo una fase transitoria del desarrollo humano –tal y como lo fueron los modos de producción anteriores–, por lo que el materialismo histórico como ciencia pura tiene sólo una autonomía relativa con respecto a la idea fundante del marxismo, siendo más bien un instrumento concebido para reforzar esta voluntad fundante.

Finalmente, el historicismo de la dialéctica materialista lleva también a establecer los límites históricos de la aplicabilidad del mismo marxismo y su proyecto de sociedad, el Socialismo, ya que como bien hace notar Marcuse:

Si bien la teoría marxista puede tal vez ser considerada como una «concepción del mundo», en todo caso *su mundo es el de la «prehistoria», el de la sociedad clasista y, más concretamente, el de la sociedad capitalista*. La teoría marxista analiza y critica este mundo en todas sus manifestaciones, en su cultura material e intelectual. *No existe teoría marxista a la que quepa denominar, con pleno sentido, una «concepción del mundo» de las sociedades postcapitalistas, sean o no éstas de carácter socialista*. No existe una teoría marxista del socialismo, porque las leyes antagónico-dialécticas que rigen la historia presocialista no son aplicables a la historia de la humanidad libre, y porque la teoría no puede predeterminar las leyes de la libertad. La teoría marxista tampoco «profetiza» más allá de las tendencias constatables de la sociedad capitalista. *El carácter esencialmente histórico de la teoría marxista excluye las generalizaciones ahistóricas.* (Marcuse, 1958, 145-146)

Así, tanto en el caso de una sociedad socialista plenamente liberada de las reminiscencias del capitalismo, como en la hipotética sustitución del capitalismo por otra sociedad clasista, el marxismo

no sobrevivirá como concepción *unitaria* del mundo. En ambos casos la descomposición del marxismo se explica por la superación del trabajo asalariado –y la correspondiente extracción de plusvalía por el capital– como relación de producción fundamental de la sociedad. En el primer caso se trata de una superación positiva, mientras que en el segundo por un mero reemplazo por otra forma de explotación. En el último caso el marxismo a lo más que podría aspirar es a servir de fuente de elementos que sirvan de herramientas de lucha a las nuevas clases explotadas. En síntesis, lo que queda en evidencia en uno u otro caso es que *el marxismo es un cuerpo teórico-práctico que tiene acotada su vida, nacimiento y fin, a determinadas circunstancias histórico-sociales*.

2. ECONOMÍA DE EQUIVALENCIAS: MERCANCÍA, VALOR, PRECIO Y SOCIALISMO.

En esta segunda sección asumimos que Dieterich, como además él mismo señala al comienzo de su obra, intenta elaborar una propuesta socialista basada en los principios explicativos del marxismo. De acuerdo a esto se intentará problematizar la relación existente entre la crítica marxista del capitalismo –fundada en la teoría del valor– y las características generales de la sociedad poscapitalista derivadas de esta crítica.

Nuestro segundo punto de desacuerdo con los planteamientos de Dieterich tiene relación con la idea de fundar el orden económico socialista sobre lo que él denomina *economía de equivalencias*. A nuestro juicio su propuesta descansa en una incompreensión de la naturaleza del intercambio mercantil y de la función explicativa de la teoría marxista del valor. Falencia que se explica en último término por la insuficiente comprensión del trasfondo histórico-social presente en las categorías analíticas marxistas¹⁷, en particular con la categoría *valor*.

De acuerdo con Dieterich:

Una economía socialista deber ser justa, democrática y eficiente... [Para llevar a cabo el primer objetivo] La nueva economía ofrece una tercera estrategia [las otras

dos son la de los Estados de Bienestar y Nacional-Desarrollistas, por una parte, y la de los socialismos reales, por otra] mediante el *intercambio equivalente en productos y servicios*. (Dieterich, 2005a, 124)

De lo cual se desprende que:

La necesidad de determinar el valor objetivo de los productos, tal como estipuló la economía clásica, es *conditio sine qua non* del socialismo [cursivas en el original]... (Ibid., 153)

Esto porque:

...si no hay valores objetivos, no puede haber intercambio de valores objetivamente justos (iguales o equivalentes)¹⁸. (Ibid., 124)

En el XVI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, celebrado en Venezuela durante el mes de agosto de 2005, Dieterich también señalaba:

Una economía es socialista, cuando *opera sobre el valor*, realiza intercambios de equivalencias... (Dieterich, 2005b)

Salvo en las tres primeras características señaladas para una economía socialista –justa, democrática y eficiente–, que por lo demás no pueden dejar de ser discutidas desde una perspectiva histórico-concreta, no podemos estar de acuerdo con la descripción del orden económico del Socialismo presentada por Dieterich. Más aún, ésta no concuerda con los lineamientos generales que desde la perspectiva del marxismo se han trazado en el plano económico al momento de caracterizar al Socialismo. Si seguimos el razonamiento de Engels el problema de considerar la categoría *valor* como principio articulador de una economía socialista es que no toma en cuenta que:

...en la forma-valor de los productos se encuentra ya en germen toda la forma de producción capitalista, la contraposición entre capitalistas y trabajadores asalariados, el ejército industrial de reserva, las crisis. Querer suprimir la forma de producción capitalista por el procedimiento de restablecer el ‘verdadero valor’ es... querer fundar una sociedad en la que los productores dominen por fin a sus productos, mediante la realización consecuente de *una categoría económica que es la más acabada expresión del sometimiento de los productores al producto*. (Engels, 1878, 308)

La concepción de que el Socialismo se caracterizaría por una suerte de intercambios mercantiles «justos» y una aplicación «benigna»

de la ley del valor no es nueva. Por el contrario, ha estado presente –bajo distintas formulaciones– desde el nacimiento mismo de las ideas socialistas. En la actualidad quienes reivindican explícitamente para el Socialismo las virtudes de la competencia capitalista –renunciando previamente, parcial o totalmente, al aparato conceptual de la teoría del valor marxista– es la vertiente denominada *socialismo de mercado*, tradición que tiene sus orígenes en el economista polaco Oskar Lange (1938), quien en la primera mitad del siglo XX erigió al modelo de competencia perfecta de la teoría neoclásica como patrón a emular por una economía socialista.

La polémica sobre el rol del mercado en el Socialismo resurge, y resurgirá, constantemente al interior del pensamiento socialista. Sin embargo, quienes defienden la idea del mercado como mecanismo rector de una economía socialista –ya sea como un mal menor o como mecanismo idóneo para la asignación de recursos– incurren, a nuestro juicio, en un error de principio: *la comprensión insuficiente de los límites históricos y el contenido social detrás del intercambio mercantil*.

En el caso de la teoría económica burguesa, y de la neoclásica en particular, esto se debe a que tiende a identificar el comportamiento de los hombres y mujeres en el capitalismo con la naturaleza humana, de esta manera extrapola de forma ahistórica las categorías de la sociedad burguesa a cualquier tipo de sociedad, independiente de sus relaciones sociales constitutivas. Marx advertía de este vicio de partida al criticar la falta de visión histórica de la Economía Política de su tiempo al señalar que:

Las determinaciones valederas para la producción en general deben ser precisamente separadas para que, por fijarnos en la unidad –que se manifiesta ya por el solo hecho de que estén constituidas por el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza– no se olvide la diversidad esencial. En este olvido radica por ejemplo toda la sabiduría de los economistas modernos, quienes demuestran la eternidad y la armonía de las relaciones sociales existentes. (Marx, 1857-1858, 3)

Si bien es cierto que la asignación de recursos escasos entre las diferentes ramas de la producción social conforme a las distintas necesidades de los individuos será un problema que hasta en una sociedad socialista plenamente desarrollada se presentará¹⁹, esta forma de plantear el problema



no es la adecuada si queremos entender la existencia y supervivencia de la mercancía en cuanto forma de los productos del trabajo humano en determinadas circunstancias históricas, y su superación. Lo fundamental, en cambio, son las relaciones sociales concretas que adopte el mecanismo de asignación de recursos, de otra forma se estaría avalando la explicación de la existencia de la mercancía que se sustenta en la *ahistórica* dialéctica recursos escasos/necesidades ilimitadas²⁰, confinando finalmente su extinción a un inalcanzable estado de abundancia absoluta en que los individuos se encontrarían en sus puntos de saciedad²¹. Al diluir el rol de las relaciones en el análisis económico no resulta extraño que en el marco de la teoría neoclásica se hable de *bienes* y no de *mercancías*, sin siquiera llegar a cuestionar la naturaleza social del acto de cambio. En este enfoque se apela, a través de su teoría subjetiva del valor, precisamente al aspecto de la mercancía que le es común con los productos del trabajo humano generados bajo otras circunstancias histórico-sociales (valor de uso) para explicar su característica distintiva (valor de cambio).

En el paradigma marxista, en cambio, la mercancía no es más que una cristalización de determinadas relaciones sociales. Lo que habría que explicitar entonces es bajo qué circunstancias los productos del trabajo humano adquieren *valor* y cómo el Socialismo, en cuanto proyecto emancipador, se caracteriza –y *debe* caracterizarse– por la superación de la forma mercantil. Engels planteaba el problema en los siguientes términos:

¿Qué son mercancías? *Mercancías son productos obtenidos en una sociedad de productores privados y más o menos aislados, es decir, y por de pronto, productos privados. Pero esos productos privados no son de verdad mercancías más que a partir del momento en que no se producen para el propio uso, sino para el uso de otros, es decir, para el uso social, y entran en el uso social por el intercambio. Los productores privados se encuentran, pues, en una conexión social, constituyen una sociedad. Sus productos, aunque privados de cada cual, son, por tanto, al mismo tiempo, pero sin intención y, por así decirlo, mal de su grado, productos sociales. ¿En qué consiste el carácter social de esos productos privados? Evidentemente, en dos propiedades: primera, que todos ellos satisfacen alguna necesidad humana, tienen un valor de uso no sólo para su productor, sino también*

para otros, y segunda, que aunque son productos de los más diversos trabajos privados, son al mismo tiempo productos del trabajo humano en general, del general trabajo humano. En la medida en que tienen valor de uso también para otros, pueden entrar en el intercambio; en la medida en que todos ellos hay incorporado²² trabajo humano general, simple utilización de fuerza de trabajo humana, pueden compararse en el cambio según la cantidad de dicho trabajo que llevan incorporada, y pueden ponerse como iguales o como desiguales. (Engels, 1878, 304-305)

En síntesis:

Al decir, pues, que una mercancía tiene tal o cual *valor* determinado, estoy diciendo: 1°, que es un producto socialmente útil; 2°, *que ha sido producido por una persona privada a cuenta privada* [cursivas nuestras]; 3°, que, aunque producto del trabajo privado, es al mismo tiempo, sin saberlo o quererlo, producto del trabajo social, y precisamente de una determinada cantidad de trabajo social, fijada por la vía social mediante el intercambio; 4°, que no expreso esa cantidad en trabajo mismo, en tales o cuales horas de trabajo, sino en *otra mercancía* [subrayado en el original]. (*Ibid.*, 304)

Por lo tanto, *una sociedad cuyos productos asumen la forma mercantil (valor) es una sociedad –sea ésta capitalista o no– en la cual la satisfacción de las necesidades de sus miembros se realiza a través del suministro de bienes (valores de uso) generados por productores independientes unos de otros (trabajos privados) y sin una coordinación previa entre ellos. Poco importa para estos efectos el régimen interno de las unidades productivas, los trabajos privados bien pueden ser una persona que trabaja en su taller con herramientas propias, una empresa capitalista con una línea vertical de mando (asimetría de derechos y deberes en base a la jerarquía interna de los miembros) o una cooperativa autogestionada de obreros con una organización horizontal (simetría de derechos y responsabilidades de los miembros)*²³. En cada uno de los casos señalados el producto generado por la unidad productiva sigue siendo encarnación del trabajo privado en relación a las otras y por ende la conexión entre ellas sólo puede realizarse a través de un mecanismo *indirecto de socialización, el mercado*. De aquí surge la *necesidad* de establecer un patrón *común, homogéneo y objetivo* que ligue a las unidades productivas por medio de sus productos. El que sea *posible* establecer este patrón depende en última instancia de que todos los productos

son materialización de un algo común al margen de sus características particulares, el *trabajo humano en general*.²⁴

El capitalismo agrega, a las características antes señaladas, *la separación de los productores directos de los medios de producción –y, debido a esto, que también lo estén del producto de su actividad–*, lo que los obliga finalmente a vender su fuerza de trabajo al capital a cambio de un salario. Esto determina que el capitalismo como modo de producción adquiera una dinámica propia –que el producto excedente tome la forma de plusvalía, revolución permanente de su base técnica, movimiento cíclico de la actividad económica, tendencia al descenso de la tasa de ganancia, etc.–, diferente de la producción simple de mercancías. En particular cabría mencionar que bajo la lógica capitalista las mercancías ya no son cambiadas como meros productos del trabajo privado sino como *productos del capital*, capital que entra en el proceso productivo –independiente de la esfera económica en que se desenvuelva– en búsqueda de la máxima rentabilidad posible. A través del flujo y reflujo de los capitales entre las distintas ramas productivas se establece una tasa media de ganancia que sirve de referencia para las nuevas inversiones y la consiguiente asignación de recursos productivos. Por lo tanto en el capitalismo la *categoría valor* pasa a ser reguladora no sólo del precio relativo de las mercancías sino que además de la remuneración de la fuerza de trabajo, la distribución de ésta y de los recursos materiales a disposición de la sociedad entre las diferentes ramas de la producción y, por último, del crecimiento de la economía a través de las decisiones que realizan las empresas sobre el volumen y ritmo de sus inversiones.

La relación entre el valor y precio de las mercancías no deja de ser problemática, pero no por las razones que señala Dieterich. Si bien en términos generales el precio no es más que la expresión monetaria del valor, la relación entre ambos puede diferir en términos puramente cuantitativos tanto por razones *coyunturales* –desproporción entre la oferta y demanda– como *socio-estructurales* –mercancías intercambiadas como productos: a) de trabajadores dueños de sus propios medios de producción; b) del capital; o c) de una sociedad que maneja colectivamente sus

medios de producción y distribuye los bienes de consumo individuales en la forma de mercancías–. En el primer caso la desviación de los precios con respecto a los valores es transitoria, mientras que en el segundo es permanente y muestra un patrón sistemático de desviación o al menos previsible²⁵. También puede darse la posibilidad de una incongruencia de forma y contenido, esto es, en la medida en que la mercancía sea la forma predominante de la producción, objetos que de suyo no sean encarnación del trabajo humano adquieran una expresión monetaria (precio) –y que por tanto sean susceptibles de ser adquiridos y enajenados en el mercado²⁶.

Sin embargo, y sin perjuicio de lo dicho anteriormente, es importante recalcar que la lógica del capitalismo se basa precisamente en la extensión más consecuente y acabada de la *ley del valor* (intercambio de equivalentes) a la mayoría de los ámbitos de la actividad económica²⁷, y no como piensa Dieterich quien, siguiendo a Arno Peters, establece una dicotomía incompatible con la teoría marxista del valor entre el valor y el precio de las mercancías²⁸. En una entrevista, citada en extenso por Dieterich, Peters desarrolla sus planteamientos. Entre alguna de sus conclusiones sobre la relación entre mercado, valor y precio encontramos:

En la economía equivalente ya no habrá ningún mercado, porque: a) el precio no resultará de la oferta y la demanda, sino del valor de los bienes producidos y del salario [¿¿??]... (Citado en Dieterich, 2005a, 116)

El planteamiento es falso en dos sentidos. La equivalencia de las mercancías se expresa *a través* del mercado, es en él en donde se sanciona si el trabajo incorporado en una mercancía corresponde efectivamente al requerido para la satisfacción de la *demanda solvente* y si el uso de este trabajo ha sido hecho en conformidad a las condiciones técnicas medias prevalecientes en la esfera de la producción. Pensar la categoría valor al margen del mercado simplemente no es correcto. El Che hacía notar correctamente que:

El mercado capitalista se organiza sobre la base de la ley del valor, que se expresa directamente sobre ese mercado. El análisis de esta ley no puede ser emprendido fuera de su medio natural, en otras palabras, se puede afirmar que *la expresión verdadera de la ley del valor es el mercado capitalista*. (Guevara, 1963-1964, 23)



Tampoco es correcto desligar el mecanismo de la oferta y demanda de la determinación del valor de las mercancías, más bien éste debe ser visto como uno de los eslabones en el funcionamiento de la ley del valor.

Sigamos con los razonamientos de Peters:

... el *valor* no tiene importancia para la economía de mercado [sic]... Únicamente en la economía de equivalencia, que descansa sobre la coincidencia (identidad) completa de *precio* y *valor*, requerimos de manera imprescindible la medida del valor [cursivas en el original]... (Citado en Dieterich, 2005a, 117)

Y más adelante:

La determinación del precio es, por ende, un complicado proceso en constante movimiento que *no tiene nada que ver* [sic, cursivas nuestras] con la determinación del valor para todos los productos... El *precio* que se forma en el mercado no tiene, por lo tanto ninguna relación con el *valor* [cursivas en el original], que es independiente del mercado [¿?]. (*Ibid.*, 118-119)

Por último, ante la pregunta si el precio en una economía capitalista es mayor que el valor Peters responde:

En términos generales y en cuanto a la economía mundial como totalidad, sí. Porque la base y dinámica fundamental de la economía mercantil consiste en el afán de hacer ganancias. *Y la ganancia no es otra cosa que la diferencia entre el valor y el precio* [sic]. (*Ibid.*, 122-123)

Esta idea contradice los planteamientos de la teoría del valor marxista y su explicación del origen de la ganancia capitalista. Marx y Engels explicaron más de una vez que la ganancia capitalista (plusvalía) independiente de sus formas específicas (ganancia industrial, ganancia comercial, interés, renta del suelo, etc.) tiene su origen no en el ámbito de la circulación mercantil, en este caso la venta de las mercancías a un precio por sobre el valor, sino en la explotación de la fuerza de trabajo por el capital, proceso que ocurre en la esfera de la producción y que la circulación no hace más que poner de manifiesto²⁹. Por la primera vía los capitalistas en su papel de compradores de fuerza de trabajo tendrían que rembolsar a los trabajadores el recargo que aplican en cuanto vendedores al valor de las mercancías, terminando todo esto en un juego de suma cero. En cambio, la segunda

vía explicativa es la que permite comprender el cómo los capitalistas como clase logran realizar una y otra vez, sistemáticamente, una ganancia sobre su inversión y al mismo tiempo conservar la fuerza de trabajo en su condición de tal –ya que la relación de explotación capitalista no se basa en la aniquilación física de la fuerza de trabajo sino en su conservación–. A diferencia de Peters, Marx nunca explicó el origen de la plusvalía sobre la base de un intercambio no-equivalente sino, por el contrario, sobre la base del intercambio de equivalentes, demostrando de paso un manejo riguroso y brillante de la lógica dialéctica. Bajo este esquema de pensamiento no es inconcebible que aun siendo vendidas por su valor las mercancías, incluida la fuerza de trabajo, sea factible la explotación capitalista. Es un movimiento propio y distintivo del pensamiento dialéctico el desarrollar hasta el extremo una categoría –el intercambio de equivalentes, en este caso– bajo su propia lógica hasta que devenga en su contraria –la explotación capitalista–, revelando su «esencia oculta»³⁰. Este movimiento, impensable dentro de los parámetros de la lógica formal y el sentido común, es posible porque entre la categoría en cuestión y su contraria media un contenido concreto –la *asimetría estructural* consistente en la separación del trabajador de los medios de producción y la necesidad de vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario– que llena el vacío aparente entre las categorías opuestas. Lenin, en un aforismo bastante provocador para su época, hacía notar al respecto que:

Es completamente imposible entender *El Capital* de Marx, y en especial su primer capítulo, sin haber estudiado y entendido a fondo toda la *Lógica* de Hegel. ¡Por consiguiente, hace medio siglo ninguno de los marxistas entendió a Marx! (Citado en Lefebvre, 1946, 281)

La base de los razonamientos erróneos de Peters –y Dieterich– sobre la relación entre valor y precio tiene su origen en una caracterización a lo menos incompleta del tipo de trabajo que crea valor. Ante la pregunta de qué es lo que entiende por una actividad creadora de valor, Peters responde:

Una actividad que crea valores es cualquier actividad que satisface necesidades vitales propias o ajenas... (Citado en Dieterich, 2005a, 115)

Sólo compárese esta definición con la que entrega Engels y que fue citada anteriormente. Si por valor Peters entiende valor de uso no habría problemas con su definición de actividad generadora de valor. Sin embargo, si tomamos el concepto de valor en su acepción marxista la definición es incompleta y errada. Incompleta porque le faltaría agregar la condición de ser encarnación de la actividad de un *trabajo privado* en particular. Y errónea porque, si de mercancías se trata, las necesidades que las actividades en cuestión y sus productos deben satisfacer son precisamente las ajenas y no las propias, un individuo o una unidad productiva no intercambian ellos mismos ningún producto, en este caso entre la producción y el consumo el producto que satisface sus necesidades no adquiere la forma de valor de cambio.

Si algo llama la atención hasta acá de los razonamientos de Peters es su imprecisión en el uso de categorías y conceptos elementales de la teoría económica marxista. Cosa que resulta aún más extraña en Dieterich, quién hace hincapié en el aspecto científico de su propuesta socialista, y como sabemos toda ciencia debe hacer un uso riguroso y preciso de los conceptos que le sirven de herramienta³¹.

Un aspecto que tiene consecuencias prácticas en la implementación de una política económica socialista, y que en Dieterich se deriva de su particular interpretación de la teoría del valor, dice relación con el criterio a utilizar para remunerar a la fuerza de trabajo. Aquí nuevamente Dieterich deja hablar a Peters:

... el salario [en el Socialismo] equivaldrá al tiempo de trabajo invertido, independiente de la edad, del sexo, del estado civil, del color de la piel, de la nacionalidad, del tipo de trabajo, [etc.]... el salario equivale *directa y absolutamente* al tiempo laborado [cursivas en el original]. (Citado en Dieterich, 2005a, 107)

Nuevamente el razonamiento es confuso e impreciso. En primer lugar, debe ser una política socialista el tender a estrechar lo más posible la brecha existente entre los salarios más elevados y los más bajos. Si las diferencias salariales subsisten durante el período en el que el orden económico socialista se afianza será producto de la existencia de deficiencias estructurales previas en cuanto a la fuerza de trabajo (escasez de cuadros técnicos calificados y unilateralidad de la formación del ser

humano) y de conductas sociales de los individuos heredadas del capitalismo (importancia de los estímulos materiales para el aumento de la productividad del trabajo como para la adquisición de una mayor calificación) y no precisamente por la aplicación de los criterios socialistas de distribución igualitaria³². Sin embargo, a medida que el nivel cultural del conjunto de la fuerza de trabajo se eleva y se extiende, en donde además los costos de dicha formación son asumidos colectivamente, no tendrá sentido ni justificación económica la subsistencia de la heterogeneidad de las remuneraciones³³.

A lo anterior se agrega que una cantidad importante de bienes y servicios de consumo –salud, educación, cultura, recreación, alimentación en el centro de trabajo, etc.– dejarán de adquirir una forma mercantil y pasarán directamente a ser distribuidos conforme a las necesidades de los individuos –sin costo individual, sin mediar un intercambio equivalente en unidades monetarias–, y por consiguiente independiente del trabajo individualmente aportado a la sociedad. Esta cantidad de bienes y servicios distribuidos gratuitamente irá cobrando una importancia creciente en la medida en que una de las políticas concretas de afianzamiento del Socialismo sea la *desmercantilización de la mayor cantidad posible de ámbitos de la vida cotidiana de los individuos*³⁴. En este contexto, de desmercantilización de la mayoría de los bienes y servicios esenciales sumada a la garantía de pleno empleo para el conjunto de la fuerza laboral³⁵ –eliminando de paso la compulsión económica que pesa sobre los trabajadores asalariados en el capitalismo de venderse como mercancías so pena de quedar sin acceso a los medios de subsistencia–, es que la categoría de *valor de la fuerza de trabajo* comenzará a desdibujarse poco a poco ya que la subsistencia del trabajador –lo mismo que una mayor calidad de vida– se sustraerá paulatinamente del monto de su salario. Por tanto no es correcto sostener que el salario tendrá que guiarse por un criterio objetivo como «el tiempo de trabajo invertido» –de hecho la tendencia debe ser a desligar la remuneración del trabajador de su aporte individual a la sociedad–, y qué decir de criterios racistas y sexistas que serán los primeros en ser desechados por el Socialismo ya que éste,



a diferencia del capitalismo, no tendrá ninguna estructura de explotación del trabajo que justificar mediante encubrimientos ideológicos.

En segundo lugar, es incorrecto afirmar que en el Socialismo el salario equivaldrá «directa y absolutamente al tiempo laborado». Esta idea tiene su fundamento en la concepción de justicia que asume Dieterich, que lo lleva a considerar que en la medida en que a la fuerza de trabajo se le remunere por una fracción de su producto será un intercambio no-equivalente, y por tanto injusto. Esta idea tampoco es nueva y Marx ya la había sometido a juicio crítico en la *Crítica del Programa de Gotha*. Allí hacía notar que, independiente del orden social, los trabajadores antes de percibir como remuneración «el fruto íntegro» de su actividad debían hacer una serie de deducciones del producto, entre las que contaba las siguientes: el desgaste de los medios de producción consumidos (depreciación y consumo intermedio); la parte destinada a la ampliación de la escala productiva (acumulación); y una serie de deducciones destinadas a satisfacer necesidades de consumo colectivas y de los individuos que no participan directamente en la producción (niños, ancianos, discapacitados, aparato administrativo, etc.). Sólo recién allí el trabajador percibe la fracción del producto destinada a satisfacer su consumo individual³⁶. Por lo tanto hay dos consecuencias prácticas posibles de la regla de equiparar el salario con el valor del producto generado en la jornada de trabajo, dependiendo si antes de remunerar a la fuerza de trabajo se aparta o no un fondo destinado a reponer los medios de producción desgastados:

1. La primera es que, si no se establece el fondo mencionado, la sociedad en su conjunto será incapaz de generar una cantidad de recursos destinados a mantener la capacidad productiva instalada, produciéndose el fenómeno de un flujo negativo neto de inversión;

2. La segunda posibilidad es que, una vez generado el fondo de depreciación, dado que el producto excedente queda en manos de los individuos, se termine finalmente reproduciendo la dependencia de unos con respecto a otros en virtud de sus distintas necesidades, precisamente por sus diferencias de edad, género, estado civil, etc.

Engels sintetizaba lo errado de este planteamiento de la siguiente forma:

El trabajador, se dice, tiene que recibir el «producto pleno de su trabajo». Habrá que intercambiar no ya productos del trabajo, sino el trabajo mismo de un modo directo, una hora de trabajo por el producto de otra hora de trabajo. Pero esto presenta inmediatamente una «discutible» cojera. Pues así se distribuye el *producto total*. Se sustrae a la sociedad la función progresiva más importante que tiene, la acumulación, que va a parar a las manos y arbitrio de los individuos. Estos pueden hacer con sus «frutos» lo que quieran, y la sociedad se queda, en el mejor de los casos, tan pobre o tan rica como fuera antes. Así, pues, no se han centralizado en manos de la sociedad los medios de producción acumulados en el pasado sino para que todos los medios de producción que se acumulen en el futuro se dispersen de nuevo en manos de los individuos [cursivas del original]. (Engels, 1878, 309)

La confusión de Peters y Dieterich es consecuencia de equiparar la categoría de producto excedente con la de explotación. En términos generales una producción excedente más allá de la estrictamente necesaria para asegurar la existencia física de los miembros de una sociedad es una condición necesaria para la división de la sociedad en clases –y la pugna por el control de este excedente es el eje de la lucha entre ellas– pero no es *la causa* de la explotación. Si bien en el capitalismo gran parte del sobreproducto toma la forma de plusvalía –y por tanto hay una relación directa entre explotación y producto excedente–, también es cierto que el primero puede ser generado bajo relaciones de producción no explotadoras del trabajo ajeno. El avance del Socialismo con respecto al capitalismo es que pone bajo control colectivo este excedente.

En conclusión. A lo largo de la obra de Dieterich, tanto en el caso de los intercambios de los productos como en el de la remuneración a la fuerza de trabajo, la teoría del valor pasa a convertirse de una teoría *explicativa* del *por qué* los productos adoptan la forma mercantil bajo determinadas circunstancias históricas, *en qué* proporciones *son* cambiados y las consecuencias que esto conlleva para la organización económica de la sociedad, a una teoría *normativa* del *cómo* y *en qué* proporciones *deben ser* cambiados los productos, amparada en una concepción de justicia bastante estrecha por lo demás. Tal

planteamiento evidentemente no ofrece ningún avance con respecto a la formulación marxista de la teoría del valor y del Socialismo.

Notas

Todas las citas y referencias en este trabajo proceden de la tercera edición de julio de 2005 publicada por el MIBAM de Venezuela. Este año se ha publicado recientemente en Venezuela una segunda versión corregida y ampliada de este libro, que además cuenta con un prólogo del General Raúl Isaías Baduel. De esta nueva edición sólo hemos tenido la oportunidad de revisar el prólogo antes mencionado y el capítulo 7 titulado «El Socialismo del Siglo XXI en Preguntas y Respuestas», ambos se pueden encontrar en www.rebellion.org

1. Correctamente Dieterich sostiene que: «... no es muy probable que se alcance un objetivo, si no se puede especificar en qué consiste... si no se puede definir el objetivo que pretendemos alcanzar, tampoco es probable que entendamos si las tendencias de la realidad favorecen el éxito de nuestros empeños o si van en dirección opuesta.

Sin la orientación de objetivos concretos y específicos toda praxis humana es difusa y tiende a desanimarse o perder el rumbo ante los obstáculos que aparezcan sobre la marcha. En este sentido, la sabiduría del poeta, de que 'se hace camino al andar' sigue siendo válida, pero sólo si se encuentra orientada por un norte.» (Dieterich, 2005a, XVII)

2. Desde ya mencionamos que la crítica a la exposición de la dialéctica que se realiza en el *Anti-Dühring* no nos lleva a menospreciar otros aspectos de la obra, como en algún momento se hizo común en las vertientes existencialistas del marxismo con la mayoría de los escritos de Engels. Por el contrario, la pedagogía y nivel de síntesis con que algunas de las categorías marxistas son expuestas por Engels son de gran valor, como quedará demostrado al momento de abordar la discusión sobre la naturaleza de la economía socialista.

3. Véase Dieterich (2005a, 78).

4. Dieterich (2005a, 84-86).

5. Aquí cabe por ejemplo la conexión entre crecimiento económico y medio ambiente a la luz del desastre ecológico que las relaciones capitalistas de producción vienen provocando.

6. Por lo demás, ¿es posible exponer la dialéctica materialista en forma «pura», desligada de los procesos históricos concretos?

7. A propósito de esto, no debemos olvidar que también los marxistas, en cuanto personas de carne y hueso que viven en un tiempo histórico concreto, son permeables a las ideas dominantes de su época y pueden caer presos en tal o cual aspecto de la ideología de las clases dominantes. Es más, no se puede descartar a priori, que los marxistas sean víctimas de una práctica enajenada, donde parte de su discurso no se corresponda con su práctica efectiva y con la voluntad que la motiva, es por eso que, siendo consecuentes al espíritu del materialismo histórico, la compleja relación entre la teoría y la práctica también es extensible al mismo marxismo.

8. Paradojalmente esta posición filosófica, el de naturalizar el movimiento dialéctico, es compartida por la mayoría de las vertientes trotskistas (ver por ejemplo Gasper 1998). Posición que sin duda resta potencia e integridad a la crítica de la degeneración burocrática del Socialismo en la URSS que tan brillantemente desarrollara Trotsky.

9. «Toda teoría de transformación hacia una sociedad postcapitalista que se desarrolle 'en concordancia con las ideas originales de Carlos Marx y Federico Engels' tiene que dar respuestas satisfactorias a los interrogantes y las incógnitas que emanan de los cuatro niveles existenciales del ser humano: el racional-crítico o científico, el estético, el ético y el cotidiano.» (Dieterich, 2005a, 21)

10. «... la 'ciencia' que reconoce como fundamento de la factualidad científicamente relevante el modo como esos hechos se dan inmediatamente, y su forma de objetividad como punto de partida de la conceptualización científica, se sitúa simple y dogmáticamente en el terreno de la sociedad capitalista, y acepta la esencia, la estructura objetiva y las leyes de ésta, de modo acrítico, como fundamento inmutable de la 'ciencia'» (Lukács, 1923: 8).

El mismo autor, siguiendo la idea de Engels (1878, 268-269) de que «... toda sociedad basada en la producción de mercancías tiene la peculiaridad de que en ella *los productores pierden el dominio de sus propias relaciones sociales.*», más adelante aborda en forma brillante el problema del fetichismo de la mercancía en el capitalismo, identificándolo como uno de los ejes centrales de la crítica del materialismo histórico a la sociedad burguesa.

11. Lenin en sus *Cuadernos Filosóficos*, apoyado en la identidad entre ontología, lógica y epistemología, sustentaba la idea de que la dialéctica es la teoría del conocimiento del marxismo.

12. Una vez más Lukács es de una gran lucidez al señalar que: «Lo que diferencia decisivamente al marxismo de la ciencia burguesa no es la tesis de un predominio de los motivos económicos en la explicación de la historia, sino *el punto de vista de la totalidad.*» (Lukács, 1923: 29)



13. Esto inmediatamente separa aguas entre el pensamiento dialéctico y las corrientes de pensamiento que sostienen la imposibilidad para el pensamiento humano de lograr un conocimiento verdadero, debido a la existencia de una separación radical entre el sujeto y el objeto. El joven Marx se encargó de aclarar que el problema de la verdad no es un problema teórico sino práctico, es la práctica la que finalmente dirime la veracidad del pensamiento. Para Marx el que el sujeto esté inmerso y a la vez sea generador de su objeto de conocimiento no es una debilidad para acceder a un conocimiento verdadero sino una fortaleza, visión que contrasta con el ideal positivista de no «contaminación» del objeto por el sujeto.

14. Sabemos que mucha y a veces estéril ha sido la discusión, desde que Marx escribiera el famoso *Prólogo*, en torno a la preeminencia en el desarrollo histórico de los llamados factores «estructurales» por sobre los «superestructurales». Sin embargo, lo importante a tener en mente es la *indivisibilidad y unidad material* de la práctica humana en todos sus aspectos, en donde las relaciones de producción sólo sirven de *eje estructurante* de los demás ámbitos de la vida social. Una buena discusión sobre el tema se puede encontrar en el libro de Ellen Meiksins Wood (1995), en especial en el segundo capítulo: *Repensar la estructura y la superestructura*.

15. Por ejemplo: «Esperar del modo de producción capitalista otra distribución de los productos es lo mismo que exigir que los electrodos de una batería, cuando están conectados con ella, dejen de electrolizar el agua, y que deje de obtenerse en uno de los polos oxígeno y en el otro hidrógeno.» (Engels, 1878, 272)

16. Lo estético y otras actividades creadoras se terminan constituyendo en refugios en donde los hombres y mujeres arrancan del trabajo y de su realidad cotidiana, ejerciéndose en oposición a éste. Un tratamiento excelente desde el marxismo de la actividad estética se encuentra en Sánchez Vázquez (1965).

17. Marx señalaba que: «Como en toda ciencia histórica, social, en lo que se refiere a la marcha de las categorías económicas hay que retener siempre que, en la mente, lo mismo que en la realidad, el sujeto, el sujeto, que aquí es la moderna sociedad burguesa, aparece dado y que las categorías, por tanto, son formas de existencia, determinaciones de existencia y, con frecuencia, sólo aspectos aislados para expresar esta determinada sociedad...» (Marx, 1857-1858, 20). Entendiéndose que las formas de existencia mencionadas no son más que *relaciones sociales históricamente determinadas*.

18. Sin embargo es imposible plantear una discusión sobre la justicia en particular, como de la moral y el derecho en general, desligándola de su contenido histórico concreto. Lo que llama la atención en el caso de Dieterich es que su con-

cepto de justicia no rebasa los límites de la concepción burguesa ya que «lo justo» se define en función del intercambio de equivalencias, o sea adopta acríticamente el punto de vista del propietario privado de los productos de alguna actividad económica.

19. «... la cantidad de producto correspondiente a las diversas necesidades requiere masas diferentes y cuantitativamente determinadas del trabajo total de la sociedad. El que no pueda eliminarse esta necesidad de distribuir el trabajo social en proporciones definidas mediante la *forma particular* de la producción social, sino que sólo pueda cambiar la *forma que toma*, es evidente. No se puede eliminar ninguna ley natural. Lo que puede cambiar, con el cambio de circunstancias históricas, es la *forma* en que operan esas leyes. Y la forma en que opera esa división proporcional del trabajo en un estadio de la sociedad en que la interconexión del trabajo social se manifiesta en el *intercambio privado* de cada uno de los productos del trabajo, es precisamente el *valor de cambio* de esos productos [cursivas del original].» (Marx, 1868, 213-214)

20. La misma compulsión obsesiva de adquirir no es más que un comportamiento socialmente condicionado que se enmarca en una problemática más amplia que dice relación con la creciente dificultad que va encontrando el capital en su conjunto para valorizarse a medida que va desplegando las contradicciones propias de su desarrollo. Esto lleva a preguntarnos si se observarán «necesidades» ilimitadamente crecientes en una sociedad socialista, tal cual se presentan hoy en día en las sociedades de consumo, cuando las personas ya no estén sometidas a las constantes campañas de publicidad de las grandes empresas.

21. Dudamos que tal estado vaya a alcanzarse siquiera alguna vez, y esto por dos motivos: por una parte es *imposible – e irrelevante* para el establecimiento del Socialismo– que todos los individuos alcancen el punto de saturación en la satisfacción de *todas* sus necesidades; y por otra es económicamente *inviabile*, sobre todo en lo que respecta a la relación de los seres humanos con el medio ambiente.

Al parecer hay un error en la edición ya que dice «explicado» cuando lo que corresponde es «incorporado».

22. Si bien la relación capital/trabajo asalariado pone límites insuperables para el establecimiento de una gestión democrática al interior de la empresa, no obstante hay formas de «participación» de los trabajadores que son bastante afines al objetivo de maximización de las ganancias, y que a fin de cuentas termina beneficiando directamente a los capitalistas. Por ejemplo: «... [la] cogestión existe desde los años cincuenta en muchas de las corporaciones transnacionales alemanas, por ejemplo, la Volkswagen y la empresa química más grande del mundo, la BASF. ¿Cuál ha sido su

experiencia? Cuando ahora algunos trogloditas neoliberales alemanes querían acabar con la cogestión, los mismos directores de las corporaciones se opusieron, porque, como alegan, esta institución ha sido ‘un éxito’ para las empresas.» (Dieterich, 2005b)

23. Marx en *El Capital* fue aún más preciso y asoció el valor de las mercancías al *trabajo abstracto*. Sin embargo es necesario no caer en equívocos con esta categoría. Si bien el trabajo humano en general en cuanto «simple utilización de fuerza de trabajo humana» es una categoría independiente de las relaciones sociales de producción, su elevación a trabajo abstracto sólo se produce en una sociedad de productores privados.

24. Este es el caso estudiado por Marx en el tercer tomo de *El Capital*. Él distingue dos situaciones en que toma cuerpo esta discrepancia. La primera es el caso general de la formación de la tasa media de ganancia y de los *precios de producción* en el capitalismo, y la segunda es el caso de la *renta de la tierra* en sus dos formas, *absoluta* y *diferencial*.

25. Tal vez el caso más extremo es el de la corrupción, en donde la «honorabilidad» o «integridad moral» de las personas –al igual que las mercancías– adquiere una expresión monetaria de su «valor», un precio.. Parfraseando a los monetaristas podríamos afirmar que la corrupción es en última instancia un fenómeno estrictamente monetario, y que una sociedad que logre organizarse de modo que el dinero –y las relaciones sociales que le dan vida– quede superado eliminará al mismo tiempo la corrupción.

26. «Lo que distingue al capitalismo de las diversas formas de la producción mercantil simple (o producción simple) es que la producción de mercancías y de valor se *generaliza*; sólo en el capitalismo se convierten por completo en mercancías los medios de producción y la fuerza de trabajo [cursivas en el original].» (Mandel, 1992: 46)

27. Esta actitud por lo demás tampoco concuerda con el espíritu de la investigación de Marx, quien en última instancia buscaba explicar con su teoría del valor la dinámica capitalista en: «... la forma bajo la que se presentan en la superficie misma de la sociedad... tal y como se reflejan en la conciencia habitual de los agentes de la producción.» (Marx, 1894, 45)

28. En Shaikh (1990) se distingue la *ganancia por transferencia de riqueza* y la *ganancia por producción de plusvalía*, siendo esta última la que caracteriza al capitalismo.

29. «Hegel habla de un concepto que se transforma en otro, significando con ello que un concepto, al ser pensado a fondo, revela un contenido que parece, a primera vista, extraño e incluso opuesto a él mismo. Lo que sucede no es que un concepto sea sustituido, a lo largo del proceso reflexivo,

por otro más adecuado a la realidad, sino que el concepto desenvuelve su propio contenido: dinámica que *es* la de la realidad contenida en el concepto [cursivas en el original].» (Marcuse, 1958, 143)

30. Llamamos la atención en este punto ya que sorprende que alguien que sugiere que su teoría del «Socialismo del siglo XXI» y la teoría marxista del Socialismo guardan la misma relación que la que existe entre la moderna física cuántica y la física de Newton (ver Dieterich, 2005b), sea incapaz de aplicar siquiera de forma correcta las categorías analíticas de un paradigma «inferior». De más está decir que esta actitud también deja entrever cierta ausencia de humildad teórica, ésta última tan propia de todos los grandes pensadores revolucionarios.

31. Dieterich dedica una parte del quinto capítulo a tratar el problema de la escala de remuneraciones en la economía de equivalencias. Ver Dieterich (2005a, 159-161).

32. «En la sociedad de productores privados, los particulares o las familias cargan con los costes de formación del trabajador calificado; por eso corresponde a los particulares el precio, más alto, de la fuerza de trabajo calificada: el esclavo hábil se vende más caro, y el obrero hábil cobra un salario más alto. En la sociedad organizada de un modo socialista, es la sociedad la que carga con esos costes, y por eso le pertenecen también los frutos, los valores mayores producidos por el trabajo compuesto. El trabajador mismo no tiene derecho a reclamar más que los otros.» (Engels, 1878, 196). Se debe tener en cuenta también que la educación bajo el Socialismo buscará no solamente obreros más productivos sino la formación de *hombres y mujeres integrales*, que vayan superando paulatinamente la oposición entre el trabajo manual e intelectual, por lo que la educación en la mayor cantidad de ámbitos será un proceso que acompañará a los individuos a lo largo de toda su vida. Además el contar con hombres y mujeres con una formación integral es una condición necesaria para la expansión de una democracia participativa. Para alcanzar este objetivo el Socialismo desarrollará un proceso de formación constante de los individuos e integrado a su práctica cotidiana.

33. La búsqueda de la superación definitiva de la mercancía en cuanto célula de la actividad económica es un proceso análogo al que Lenin concebía para el fin del estado en *El Estado y la Revolución*. *Desestatización* y *desmercantilización* son dos ejes de construcción de una sociedad socialista. Esta idea la hemos tomado de Mandel (1967).

34. En el capitalismo las constantes revoluciones técnicas se traducen en una caída de la rentabilidad general del capital generando crisis cíclicas de valorización, esto es finalmente la causa del freno de la actividad inversora de los capitalistas y del desempleo de la fuerza de trabajo. Una economía de



propiedad social de los medios de producción podrá absorber el trabajo vivo desplazado por el avance técnico a través de tres vías: a) el paso directo a una escala de producción ampliada sobre la nueva base técnica en una proporción que permita absorber la totalidad de la fuerza de trabajo desplazada; b) la reducción general de la jornada de trabajo; o c) una combinación de las dos alternativas anteriores. De cualquier forma el curso a seguir será una decisión adoptada colectivamente por los miembros de la sociedad socialista.

35. Si el producto adopta la forma valor la primera fracción corresponde al capital constante y las demás corresponden al valor agregado, que a su vez se subdivide en capital variable y plusvalía.

Esta parte del trabajo estaba concebida originalmente como un texto aparte destinado a circular y ser discutido al interior del *Colectivo Andamios*. Su objetivo era plantear algunas ideas y dar a conocer sucintamente los debates que se han generado en torno a la construcción del Socialismo en el ámbito de la economía, además de servir como documento para el constante proceso de educación y autoformación política de los militantes del Colectivo.

36. Por lo demás este fue el rasgo, más que el de la asignación estática de recursos, que Marx identificó como distintivo del capitalismo en relación a los modos de producción que le anteceden y que en definitiva determina su superioridad y progresividad.

Bibliografía

Alejandro AGAFONOW

2007a *Socialismo de mercado: ¿Preferencias del gobierno o preferencias individuales? Réplica a Mauricio Ramírez Gómez*, Revista Académica Polis Universidad Bolivariana, Vol. 5, Nº 16, 2007. El documento se puede encontrar en <http://www.revistapolis.cl/16/agaf.htm>

Alejandro AGAFONOW

2007b El mercado y su marco regulatorio en el gobierno chavista de Venezuela, IX Reunión de Economía Mundial, Madrid, 26 y 27 de abril de 2007.

Luis ÁLVAREZ ROM

1963 *Las finanzas como un método de desarrollo político*, en Ernesto Che Guevara et al.: *El gran debate sobre la economía en Cuba, 1963-1964*, Ocean Press, 2006.

Giuseppe BEDESCHI

1970 *Introducción a Lukács*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974.

Charles Bettelheim

1964 *Formas y métodos de la planificación socialista y nivel de desarrollo de las fuerzas productivas*, en Ernesto Che Guevara: *Escritos económicos*, Ediciones Pasado y presente, Córdoba, 1969.

Robert BRENNER

1998 *Turbulencias en la economía mundial*, LOM Ediciones, Santiago, 1999.

Heinz DIETERICH

2005a *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI*, 3ra edición, Ministerio de Industrias Básicas y Minería de Venezuela, Barquisimeto, julio de 2005.

2005b *La Revolución Bolivariana y el Socialismo del Siglo XXI*, Discurso pronunciado en el «XVI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes», Caracas, 13 de agosto de 2005. Documento en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=19098>

Federico ENGELS

1878 *Anti-Dühring*, Editorial Grijalbo, México, 1968.

Phil GASPER

1998 *Marxismo y ciencia*, documento en: <http://www.organizacion.cl/escuela/ArchivosdeMarxismo/Documentos/MARXISMOYCIENCIA/tabid/179/Default.aspx>

Diego GUERRERO

2006 *Utilidad y trabajo (Teorías del valor y realidad económica capitalista)*, documento en: <http://pc1406.cps.ucm.es/>

Ernesto Che GUEVARA

1963-1964 *Escritos económicos*, Ediciones Pasado y presente, Córdoba, 1969.

1965 *El socialismo y el hombre en Cuba*, en *Obra revolucionaria*, Ediciones Era, México, 1967.

Ernesto Che GUEVARA et al.

1963-1964 *El gran debate sobre la economía en Cuba, 1963-1964*, David Deutschmann y Javier Salado eds., Ocean Press, 2006.

M. KABAJ

1966 *Evolución del sistema de incentivos en la industria de la U.R.S.S.*, documento en: [http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/1966/09645\(1966-74-1\)23-41.pdf](http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/1966/09645(1966-74-1)23-41.pdf)

Michal KALECKI

1954 *Teoría de la dinámica económica. Ensayo sobre los movimientos cíclicos y a largo plazo de la economía capitalista*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1995.

Claudio KATZ

2004 *Comunismo, socialismo y transición. Metas y fundamentos*, Editorial de ciencias sociales, La Habana, 2004.

Henri LEFEBVRE

1946 *Lógica formal, lógica dialéctica*, Siglo XXI, México, 1998.

Oskar LANGE

1938 *Sobre la teoría económica del socialismo*, en Oskar Lange y Fred M. Taylor: *Sobre la teoría económica del socialismo*, 3ra edición, Ediciones Ariel, Barcelona, diciembre de 1971.

E. G. LIBERMAN

1968 *El papel de las utilidades en el sistema de incentivos en la industria soviética*, documento en: [http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/1968/09645\(1968-77-1\)1-15.pdf](http://www.ilo.org/public/libdoc/ilo/P/1968/09645(1968-77-1)1-15.pdf)

Georg LUKÁCS

1923 *Historia y consciencia de clase*, Editorial Grijalbo, México, 1969.

Ernest MANDEL

1962 *Tratado de economía marxista, tomo II*, Ediciones Era, México, 1971.

Ernest MANDEL

1964 *Las categorías mercantiles en el período de transición*, en Ernesto Che Guevara: *Escritos económicos*, Ediciones Pasado y presente, Córdoba, 1969.

1967 *La formation de la pensée économique de Karl Marx*, François Maspero, París, 1970.

1992 *El poder y el dinero*, Siglo XXI, México, 1994.

Herbert MARCUSE

1958 *El marxismo soviético*, Alianza Editorial, Madrid, diciembre de 1969.

Carlos MARX

1857-1858 *Grundrisse*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

1867 *El Capital, tomo I*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

1868 *Carta a Kugelmann, 11 de julio de 1868*, en Carlos MARX y Federico ENGELS: *Correspondencia*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1972.

1894 *El Capital, tomo III*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Ellen MEIKSINS WOOD

1995 *Democracia contra capitalismo*, Siglo XXI, México, 2000.

Tomás MOULIAN

2000 *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía*, LOM Ediciones, Santiago, 2000.

Manuel SACRISTÁN

1964 *La tarea de Engels en el Anti-Dühring*, en Federico Engels: *Anti-Dühring*, Editorial Grijalbo, México, 1968.

Adolfo SÁNCHEZ Vázquez

1965 *Las ideas estéticas de Marx*, Ediciones Era, México, 1965.

Anwar SHAIKH

1990 *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1990. El libro completo se puede encontrar en: [http://homepage.newschool.edu/~AShaikh/Anwar%20Shaikh%20-%20Valor%20Acumulacion%20Y%20Crisis%20\(Book\).pdf](http://homepage.newschool.edu/~AShaikh/Anwar%20Shaikh%20-%20Valor%20Acumulacion%20Y%20Crisis%20(Book).pdf)

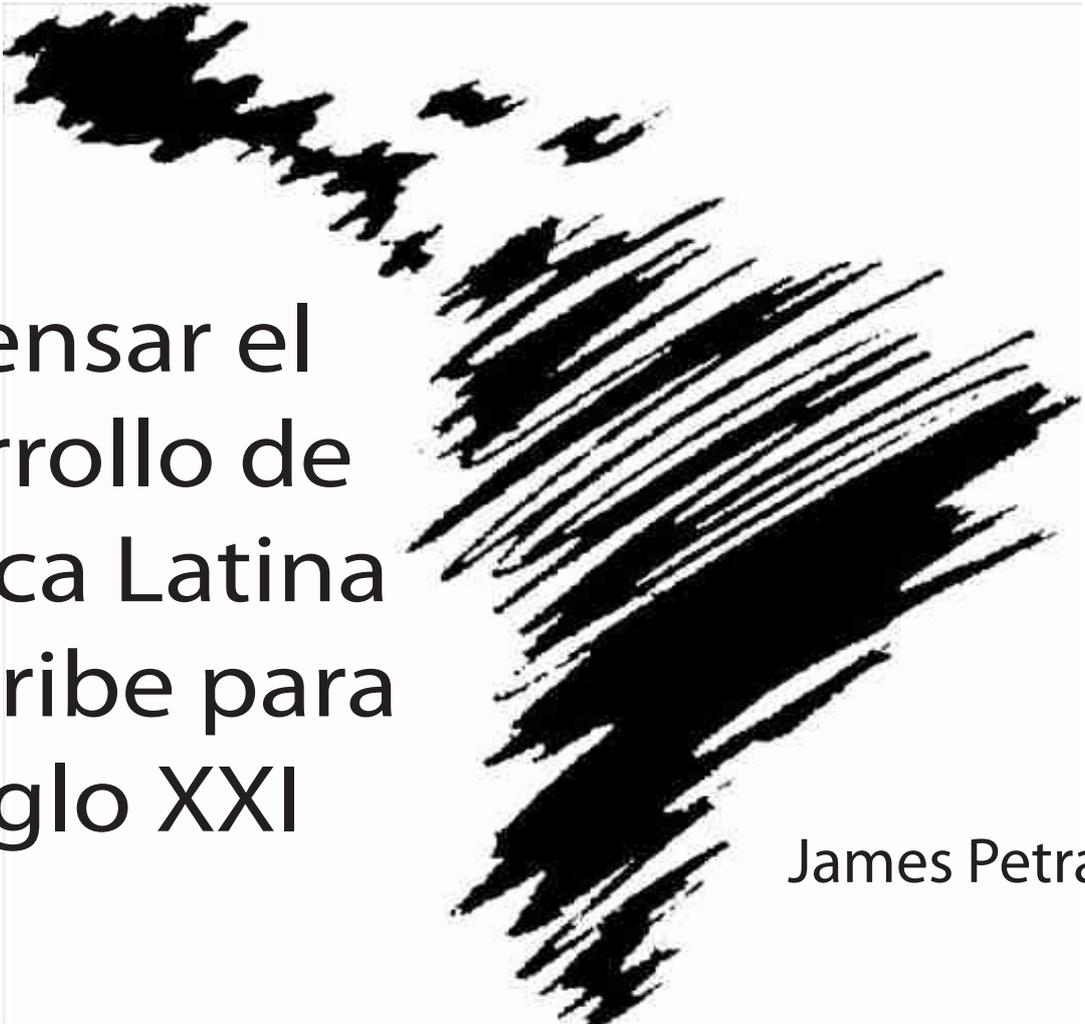
León TROTSKY

1932 *La economía soviética en peligro*, en *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición (compilación de escritos de León Trotsky)*, Centro de Investigaciones y Publicaciones León Trotsky, Buenos Aires, 1999.

1937 *La revolución traicionada. ¿Qué es y a dónde va la URSS?*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2001.

1939 *El marxismo y nuestra época*, en *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición (compilación de escritos de León Trotsky)*, Centro de Investigaciones y Publicaciones León Trotsky, Buenos Aires, 1999.





Repensar el Desarrollo de América Latina y el Caribe para el Siglo XXI

James Petras* 53

INTRODUCCIÓN

América Latina y el Caribe (LAC) pasaron por un profundo proceso de *descentralización* durante el último tercio del siglo xx. Ambos han experimentado la *restauración* de formas *pre-nacionales* de la propiedad privada y el *cambio* de las relaciones sociales de producción (capital-trabajo). Se han reintroducido formas primitivas de acumulación de capital, caracterizadas por un fuerte asimiento de la tierra urbana y rural y el desplazamiento masivo de la población inducido por el estado y, en algunos casos, por las elites paramilitares.

Los modernos sistemas de información, la expansión de los mercados mundiales, a gran escala, las fusiones y adquisiciones a largo plazo conduciendo a niveles sin precedentes de centralización y concentración del capital se combinan y articulan, y facilitan la restauración de las formas y estructuras políticas pre-nacionales.

Las consecuencias socioeconómicas y políticas de esto, así como de un desarrollo desigual, son

la intensificación de las desigualdades de clase, una desarraigada masa creciente de campesinos y trabajadores semi-urbanizados, y la integración de una nueva burguesía súper-rica en Latinoamérica y el Caribe dentro de los circuitos imperiales americanos, europeos y asiáticos. La aparición del capitalismo pre-nacional y externamente controlado a través de Latinoamérica ha conducido a un aumento masivo de los conflictos nacionales y de clase, en una variedad de aspectos socioeconómicos, implicando a un amplio conjunto de estratos sociales, utilizando estrategias poco ortodoxas.

Las luchas sociales reflejan los esfuerzos por contrarrestar los reveses socioeconómicos y las formas pre-nacionales, formas primitivas de explotación así como las formas modernas de explotación tecnológica. Las vagas exhortaciones por parte de la Izquierda y la Derecha para resistir o para defender la «globalización» o el «neoliberalismo» pasan por alto la fusión histórica de

*Traducción de Helena Chacón López



las formas pasadas, presentes y las formas surgidas de las organizaciones capitalistas. Para «repensar el desarrollo» de América Latina y el Caribe para el siglo XXI se requiere que entendamos el proceso y las estructuras que configuran la región.

RESTAURACIÓN Y CAMBIOS

Los últimos 25 años han presenciado el *desmantelamiento* de la estructura económica entera que caracterizó la construcción de la nación-estado de América Latina y el Caribe y el retorno a formas económicas pre-nacionales. Desde finales del siglo XIX, pero especialmente entre 1930-1975, América Latina y el Caribe crearon un estado y una economía nacionales: sobre todo las inversiones públicas a gran escala en industrias nacionales, infraestructura, enseñanza superior, alfabetización, sanidad pública, mercados locales, y las instituciones de crédito y financieras crearon la base material para la nación-estado moderna. El estado, en diferentes momentos y lugares, nacionalizó sectores estratégicos como los recursos naturales, el petróleo, el hierro, el cobre, el estaño, transportes marítimos y terrestres y servicios públicos (telecomunicaciones, agua, energía y luz). El capital extranjero no estaba ausente — pero en la mayoría de los casos fue regulado para complementar, no desplazar, el capital nacional — como fue el caso del modelo normal de desarrollo de EE.UU., Europa y Japón. A gran escala el capital extranjero fue mayoritariamente denegado por parte de los propietarios en muchos sectores; las fábricas fueron obligadas a cumplir con las reglas de «contenido nacional»; la propiedad de la tierra era restringida o negada en algunos países. Las remesas de beneficio fueron reguladas al igual que los préstamos de los bancos locales. En otras palabras, América Latina pasó de ser un estado pretoriano «pre-nacional» ligado a la dominación extranjera de los enclaves de exportación a una nación-estado capaz de financiar y desarrollar las infraestructuras sociales de una sociedad moderna.

Comenzando con una serie de derrotas políticas históricas a mediados de los años setenta y que continúan hoy (2007), toda la arquitectura social-económica de la moderna economía nacional y el estado fue demolida y la economía y la política pre-nacional fue restaurada.

Bajo los lemas de la privatización, mercados libres y la desregulación, los regímenes neoliberales reorganizaron sus economías hacia los propios enclaves extranjeros orientados a la exportación. El proceso de descentralización por lo general se componía de dos fases: las empresas estatales privatizadas fueron vendidas a las elites privadas locales con lazos políticos con el régimen, que revendieron las facilidades productivas a inversores extranjeros y conglomerados (adquisiciones) o se hicieron socios menores (fusiones con corporaciones multinacionales).

Las privatizaciones fueron acompañadas por el saqueo de los recursos naturales y la apropiación por la fuerza de la tierra rural y urbana — bien a través de políticas de estado, de falsas reivindicaciones territoriales, utilizando «mecanismos del mercado» puestos en práctica por el ejército, bien con escuadrones de la muerte paramilitares y de contrainsurgencia que desahucieron a millones de pequeños campesinos y granjeros (como en Colombia). Mientras se suponía que los programas de contrainsurgencia eran motivados por objetivos políticos de destrucción de los movimientos guerrilleros, sirvieron para re-concentrar la propiedad de la tierra en manos de las grandes elites agro-exportadoras ligadas al régimen y al modelo pre-nacional.

La reintroducción de estructuras y de políticas pre-nacionales ocurrió en el contexto de una estructura de clase urbano-industrial relativamente definida, con programas sociales financiados públicamente (distinta a la versión del siglo diecinueve). La reintroducción del modelo colonial causó un daño inmenso en la estructura de la sociedad completa — convirtiendo a los trabajadores modernos en trabajadores dependientes, forzando a los trabajadores especializados a huir del país hacia las naciones modernas o a los estados imperiales de ultramar. La migración del entorno rural al urbano no fue acompañada por la industrialización sino por la desindustrialización. Es decir, lo que es llamado «neo-liberalismo» es la fuerte restauración política de las anteriores formas de explotación capitalista (eliminando las redes económicas locales, minando los mercados nacionales y la formación de trabajadores asalariados cualificados y de una clase profesional).